

La llamada de Percival

Anocheecía. Sir Percival oteaba el horizonte en busca de un atisbo que le transmitiese que el escudero que había enviado a la frontera volvía. Había escuchado ciertos rumores que decían que un grupo de saqueadores orcos(o mejor dicho, orcos a secas) había sido atisbado merodeando cerca de la frontera bretoniana con la región montañosa de las Cuevas. Como señor de aquellas tierras, había mandado a un “voluntario” a comprobar si aquellos rumores eran ciertos. Hacia ya tres días que el campesino había salido del castillo.

Noto un movimiento por detrás. Un criado la traía una capa de piel. Las noches bretonianas eran frescas, y más de uno había perecido tras días de tormento y fiebres por exponerse a ella sin la protección adecuada.

Un galope empezó a oírse y de la oscuridad salió una figura que dio el santo y seña. Desde las almenas, Percival grito a los milicianos que estaban de guardia que abrieran las pesadas puertas. El jinete entró, y Percival bajó con presteza las escaleras de piedra.

- *¿Qué nuevas traéis?*-Inquirió rápidamente al nervioso plebeyo.

Tras una reverencia, este contestó: - *Mi señor, los rumores eran ciertos. Alrededor de un centenar de pieles verdes cruzaban el río Brienne esta mañana. Parecían todos guerreros comunes, excepto uno de especial tamaño que supervisaba la marcha y debía ser el jefe*-. El campesino vaciló antes de continuar. - *Si siguen esa dirección, se encontrarán con la aldea de Vilasace, que no creo que aguante un ataque*-.

Percival suspiró. Sus temores eran ciertos. Ordenó al plebeyo que se retirara y se dirigió a sus aposentos. Una vez allí llamo al consejero y al capitán de los caballeros y les expuso la situación. Una vez que hubo terminado el capitán habló:

- *Mi señor, la única forma de llegar a Vilasace antes que los orcos es enviar a nuestras tropas de caballería al galope, y mucho me temo que son insuficientes para detener el avance de dichos asaltantes. Hace meses que pedimos ayuda a la capital del ducado, pero el duque Huebald parece ignorarnos. Y si derrotan a nuestra caballería en Vilasace, el castillo se quedara sin apenas protección necesaria*.-

Luego habló el consejero: - *Vilasace es una aldea que apenas nos aporta recursos. El terreno es montañoso y difícilmente aprovechable. No creo que fuera una locura dejar que las gentes de Vilasace se defendiesen solas. Si la Dama quiere, sobrevivirían, y si no, siempre será mejor que dejar el castillo sin protección*.-

Percival no quería dejar a su suerte a sus vasallos, aunque fueran simples campesinos. Decidió reflexionar solo durante el resto de la noche.

Percival no tenía descendencia. Lo había intentado muchas ocasiones, sin éxito. Al darse cuenta de que no tendría hijos, decidió emprender la búsqueda del grial para alargar su vida y no dejar el ducado sin protección a su muerte. Pero antes de empezar, su padre murió y el se tuvo que ocupar de administrar las tierras que habían sido encomendadas a los de su sangre tiempo atrás. Ahora era viejo, y le costaba montar a caballo. Sabía que enfrentarse a los orcos con los pocos caballeros de los que disponía podía ser un suicidio. Se levanto de su lecho y se asomó a la ventana. La luna ya

estaba en lo alto. En esos momentos se cuestionaba su propia fe. Nunca había visto indicios de que la Dama existiera, y pensaba que la política bretoniana la usaba demasiado para controlar a la sociedad. Tampoco había visto nunca un caballero del grial. Quizá la historia del grial y de la Dama eran arcanas invenciones... miró el estrellado cielo y se sorprendió por sus pensamientos. En su corazón, un calor que hacía años que había olvidado resurgió. ¡ Nunca dejaría indefensos a sus vasallos, aunque el enemigo les ganase en superioridad cinco a uno! ¡ Si había de morir, moriría por Bretonia, pero sobre todo para que esos pieles verdes no mancillasen el honor... de la Dama!

Al amanecer ordenó al capitán que preparase a los caballeros, y mandó que le trajeran su pura sangre. Su consejero se opuso argumentado que no aguantaría el dolor de sus viejas heridas montado en un caballo, pero Percival lo ignoró. Se enfrentaría a los orcos al frente de sus caballeros, y lucharía por la Dama, a la que nunca más negaría su fe.

Un día después los caballeros llegaron a Vilasace. Los campesinos habían sido avisados de la proximidad de los orcos por unos viajeros, y estaban preparando barricadas. Se sorprendieron muy gratamente al ver llegar a su señor con una veintena de caballeros detrás. Pronto se mandaron batidores para inspeccionar la zona y saber cuando llegarían los pieles verdes. A los campesinos se les proporcionó armas y se les dieron instrucciones de batalla.

Unas horas después llegaron los orcos. Se alegraron de ver caballería, ya que el principal deseo de un orco es tener una buena pelea antes de dormir.

El jefe, un orco gigantesco (la jerarquía de los orcos va por tamaño y brutalidad) llamado Rhustuk , vociferó a sus chicos que se organizaran en dos regimientos, y el mismo se colocó en medio. A un gesto suyo, los dos regimientos avanzaron hacia la aldea con sus defensores.

Rápidamente, Percival ordenó a sus caballeros ponerse todos en dos regimientos. Uno lo comandaría Leblanc, su capitán, y el otro él mismo. Los campesinos soltaron una lluvia de flechas hacia los orcos que se aproximaban, pero debido a la resistencia natural de estos seres, pocos cayeron.

De repente, Percival se llevó la mano al costado. Una vieja herida le recordaba que estaba allí en el momento más inoportuno. Pero al ver que sus caballeros, de quién dependían sus vidas, le miraban esperando instrucciones, espoleó su caballo. El calor de su corazón resurgió como una llama.

-¡¡¡Por la Bretonia y por la Dama!!! –

Las dos formaciones en lanza se abalanzaron contra los dos regimientos orcos. Envalentonados por su anciano líder, los caballeros atravesaron a numerosos orcos, y tras romperse sus lanzas, desenvainaron sus espadas. Astutamente, Percival había colocado a sus caballeros de cara al sol, y al cargar, los rayos reflejados en sus armaduras cegaron a muchos enemigos. El regimiento de Leblanc atravesó la formación orca, que inicialmente contaba con cincuenta pieles verdes y ahora solo con la mitad. La otra mitad yacía en el suelo, aplastados por los caballos o con medio metro de lanza en el cuerpo. La formación orca empezó a desmoronarse, y el regimiento se dispersó hacia los bosques. Desgraciadamente para los bretonianos, el regimiento que mandaba Percival no hizo tantas víctimas, y la respuesta orca fue brutal. Percival cayó al suelo, y sus caballeros, en inferioridad de cinco a uno, eran poco a poco diezmados. Cuando los caballeros estaban muertos o inconscientes en

el suelo, los orcos se giraron para cargarle por la retaguardia al regimiento de Leblanc, que estaban distraídos cazando orcos de la otra formación. Pero al darse cuenta de ello, los campesinos corrieron a ayudar a los que habían venido a socorrerlos y con valentía hombres, mujeres, y ancianos se abalanzaron contra los orcos.

Percival se incorporó y desenvainó su espada, pero una gigantesca figura se interpuso entre el y los orcos. Rhustuk quería eliminar al líder bretoniano él mismo.

Mando un fortísimo golpe de hacha que Percival paró con el escudo, pero la fuerza del impacto envió al anciano atrás. Percival miró a su oponente, que medía mucho más que él. La visión del gigantesco orco habría aterrado a cualquiera, pero Percival sintió en su corazón que la Dama estaba con él, y que si moría lo haría por ella. Se lanzó al ataque ignorando sus heridas, con una presteza que solo había tenido de joven. El orco quedó sorprendido por este acto del supuestamente inofensivo anciano, y paró precipitadamente el golpe con su hacha. Percival lanzó su escudo hacia delante, desviando la atención del orco, rápidamente hizo un giro y con un movimiento que le provocó un fuerte dolor en la muñeca, logró hacer un tajo en la garganta del pielverde. Un chorro de sangre negra empezó a salir de la garganta del orco que se llevó las manos al cuello, y Percival, aprovechando que ahora estaba indefenso, le hundió la espada en el abdomen. El orco cayó al suelo y Percival, con un esfuerzo final, le decapitó.

Al ver esto, los orcos que luchaban con los campesinos huyeron. Aunque habían perdido el combate al menos su deseo de batalla había sido saciado, y todos tendrían la oportunidad de ser el nuevo jefe de la ahora reducida banda.

Percival sentía su corazón desfallecer. En las almenas del castillo contemplaba como un pájaro carpintero picaba un árbol. El esfuerzo de los días anteriores había sido agotador para su viejo cuerpo. No sabía cuanto más aguantaría con vida, pero tenía claro que cuando muriera su sucesor sería Leblanc, que había demostrado una gran valentía en batalla. Al final solo habían muerto media docena de caballeros, y Vilasace y el honor de Bretonia y la Dama habían sido salvados. De repente, la llama de su corazón creció como hiciera en batalla y sintió una presencia cerca de él. Se volvió y de sus ojos surgieron lágrimas. Una bella figura vestida de blanco se dirigía silenciosamente hacia él. Su cabello rubio caía sobre sus hombros, y en sus manos llevaba la recompensa a la honestidad por no abandonar a su gente, al valor por enfrentarse en su estado al brutal enemigo y a su fe en ella. Era el objeto que le daría años y años de longevidad a Percival, y una segunda oportunidad para vivir. Era el grial.